



SEGUNDO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

PRECIOS.

MADRID.	
Tres meses.	9 rs.
Seis id.	16 »
Un año.	30 »
PROVINCIAS.	
Tres meses.	10 rs.
Seis idem.	18 »
Un año.	34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.



LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

PRECIOS.

EXTRANJERO.	
Tres meses.	22 rs.
Seis id.	38 »
Un año.	74 »
Francia.— Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administración el importe en sellos franceses del correo.	
Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.	
AMERICA.	
Seis meses.	33 rs.
Un año.	70 »
FILIPINAS.	
Seis meses.	60 rs.
Un año.	100 »

DIRECCION Y ADMINISTRACION  
Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

# EL CASCABEL.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL, se encierran simplemente en el propósito de ponerse al gato.—Lo que fuere sonará.

## COSAS DEL DIA.

El domingo no era día de estar en casa; habia fiesta nacional, y era preciso verla y tomar parte en el general regocijo.

A la una de la tarde, con un calor que ni de encargo para tabardillos y sofocones, me eché á la calle, como un solo hombre, y me dirigí al escenario levantado delante del Congreso.

Yo no sé si es en Burdeos, en Aguas Buenas ó en la Exposicion de París, donde he visto un café cantante muy parecido al peristilo del Congreso en la festividad constitucional.

Allí estaban los diputados, los diplomáticos, los empleados convidados, los comisionados de los pueblos, y sobresaliendo entre todos, aunque es de pequeña estatura, el presidente del Congreso, alcalde de Madrid, comandante general de la Milicia, etc., etc.

En los semblantes de todos aquellos señores brillaba la mayor satisfaccion; claramente se veía el regocijo de que se hallaban poseidos, al ver promulgada la sexta Constitución, obra magna de la revolucion empezada en 8 de enero de 1866, y llevada á feliz término en 28 de setiembre de 1868.

Prim tenia menos ceño que de costumbre.

Olózaga parecia tan satisfecho, que á punto estuve de creer que terminada la lectura de la Constitución, iba á sacar del bolsillo el rey hecho á medida de la Constitución.

Pero no lo sacó.

Despues empezó el desfile. Los Voluntarios, con sus vistosos uniformes, pasaron marchando con sin igual apostura, y gritando ¡Viva la Constitución! grito tantas veces dado á tantas Constituciones nuestras.

Cuando se les olvidaba dar el grito, parte del público aplaudia.

Este es un detalle de poca importancia. La constitucion no es onza de oro que gusta á todos.

Luego pasó la guarnicion y siguieron los vivos, y el Poder ejecutivo estaba que no cabia en la escena de puro hueco y ufano.

Y yo, mirando al simpático señor Figuerola, exclamaba para mí *¡qué!*, por supuesto, porque si hubiese hablado en voz alta, puede que me habiera anonadado la indignacion de los ministeriales.

—Muy bien está todo esto, muy bonitamente adornado está el pórtico de las Córtes, mucho entusiasmo causa ver pasar fusiles y mas fusiles, muy airosos uniformes lleva la milicia; mucho debe gozar el Sr. Rivero, muy ufanos estarán los diputados al ver su obra puesta en escena con todo este aparato; mucha debe ser la satisfaccion de Serrano y de Prim por el éxito de la revolucion, pero... ¿y la Hacienda?... Allí está Figuerola, allí está, pensando sin duda en la capitacion, en su presupuesto de tres mil millones, en los empréstitos que habrá que contratar todavía!... Pensando en esto, él es mas feliz que yo, él no se asombra, ni se espanta, no se pasma, no se horripila, pero yo no puedo menos de aterrorizarme, y esta idea viene á amargar la alegría que he sentido al ver tantos faroles delante de las Córtes, y tantos fusiles relucientes, y el oír tantas aclamaciones.

calle del Leon á la de la Magdalena, que desemboca en la Plaza del Progreso.

Allí, al ver la animacion del vecindario, todo asomado á los balcones y el tablado para la música, y los farolitos de colores, y las yerbas artísticamente dispuestas, olvidé mi preocupacion y volví á alegrarme.

—¡Viva Prim! iba á gritar, cuando fijé la vista en un caballero con capa que sobresalia por encima de la muchedumbre.

Era una estatua: solo siendo estatua podia llevar capa el domingo.

Aquel caballero es la imagen mas ó menos fiel de un ministro de Hacienda.

¡Qué fatalidad! otra vez volví á caer en mi profunda tristeza, en mis lúgubres pensamientos.

Esa estatua, en honor de un ministro de Hacienda antiguo, cuando la Hacienda se halla en el gravísimo estado que Vds. saben, es una singular coincidencia.

Allí está la estatua para que no olvidemos que hubo alguna vez Hacienda en España.

Siempre es un consuelo.

No pude asistir al acto de descubrir la estatua, pero me han dicho que hubo discursos alusivos al hombre á quien se honra. Si los hubiera podido oír, hubiera exclamado seguramente:

—¡Hijos míos, estais frescos!

Sé que se prepara una tremenda conspiracion por los que ven con malos ojos levantada la estatua de Mendizabal. No tratan de derribarla en la soledad de la noche; llevarán á cabo su plan en medio del día.

Aunque no me gusta el papel de delator, voy á denunciar este plan al gobierno para que trate de evitarlo.

Trátase sencillamente de acercarse al pedestal de la estatua y leer en alta voz el presupuesto presentado por el Sr. Figuerola, las bases para llevar á cabo la capitacion y la nota de los empréstitos contratados.

El éxito es seguro. La estatua dará un brinco y echará á correr.

Tambien los reyes de la Plaza de Oriente tuvieron su fiesta correspondiente. Los farolitos de colores y la música fueron á animarlos en su aburrimiento.

—¡A qué santo viene esto? preguntó Ataulfo á Recaredo.

—Es que se vota la Constitución, contestaba Felipe II, habiendo oído la pregunta. Si yo pudiera meterme allí, en frente, señalando á Palacio, floja degollina habria mañana.

Don Alfonso el Sábido, al oír que se celebraba la promulgacion de una ley, empezó á tomar apuntes de lo que iba oyendo leer de la Constitución á un sargento de voluntarios que la habia comprado por dos cuartos.

Mucho antes de acabar los apuntes, los tiró, y se quedó tambien diciendo:

—Yo creí que era otra cosa.

Los reyes todos pasaron la noche en vela, creyendo que iba á venir á Palacio su nuevo sucesor; pero en vano le esperaron.

—Otro día será, exclamó D. Enrique el Doliente, lo que si nto es el mal cuerpo que tengo por haber pasado la noche en ve'a.

Don Pedro el Cruel exclamó, rechinando los dientes: —Ahora ya no hay reyes de empuje. Vergüenza me dá pasar aquí mis días rodeado de niñeras, y viendo pa-

sar los cochecitos de los chiquillos. ¡Conmigo habian de dar el gobierno, las Córtes y el regente!...

Doña Isabel la Católica, tan buena siempre, le calmó, y aun le hizo una taza de tila.

—Vamos, don Pedro, le dijo, no sea V. insurgente.

—Doña Isabel, V. perdone, pero me llevan los demonios viendo estas cosas.

Felipe IV, tan aficionado á la literatura, compró todos los papeles que se vendian en la plazuela, y, por supuesto la Constitución.

—¡Lástima, exclamó, que no esté aquí mi D. Francisco de Quevedo, para comentar estos papeles.

Al brillar la aurora, á todas aquellas Magestades se les abria la boca, y entre bostezo y bostezo volvieron á su profundo sueño.

En el estanque del Retiro hubo fuegos artificiales.

Allí ví bonitas estrellas de bellos colores brillar un momento, y desaparecer en seguida, y esto me recordó los floridos discursos, las protestas de abnegacion y patriotismo de los políticos.

Una estrepitosa bomba puso fin á la funcion.

Así acaba todo.

El futuro regente se paseaba como un sencillo *bourgeois* por el Retiro.

Prim no fué con la escolta.

Luces de bengala iluminaron el camino para que la concurrencia que se retiraba viese por donde iba.

Algunas de estas luces le hacian falta al ministro de Hacienda para que siguiera el buen camino de la salvacion de aquella pobre y maltrecha señora.

La Constitución es ley.

Yo la acato, como buen ciudadano, pero me parece todavia falta mucho camino que andar.

Falta traer el monarca que ya debia estar en Madrid hace ocho meses.

Falta arreglar pronto, pronto, la cuestion de Hacienda, porque sino estamos perdidos, tan perdidos que el peor día nos vamos á encontrar sin pan que llevar á la boca.

Falta la union que por todos se encarece y que se rompe por la mas mínima cosa, por si ha de ser ministro éste ó el otro, ó embajador aquel ó el de mas allá.

Falta castigar con mano fuerte á los infinitos ladrones y asesinos, que tienen aterrorizados á los pueblos.

Falta evitar las exageraciones y no tener un gobierno liberal en abusos propios de gobierno reaccionario.

Falta que las promesas todas de economía, justicia, órden y prosperidad que nos hizo galantemente la revolucion, se cumplan.

Falta que se anule para siempre la ley vigente siempre en España, que es la del embudo.

Todo esto y mucho mas falta.

Y sobra el ministro de Hacienda actual y hace falta otro mejor, porque si ha de ser de la misma altura, mas vale suprimir el ministerio.

## LOS ALARMISTAS.

Hay gentes que parece que no están contentas si no hay jarana.

Cuando no la hay quieren hacer creer á todos que vá á haberla.

Por la calle del Prado arriba me dirigí, y luego por la

Y siempre que pueden hacen todo lo posible porque la haya.

Parece como que gozan en ver atribulados á los demás y se complacen en provocar conflictos.

Desde la revolucion de setiembre hasta la fecha han hecho vivir á los pusilánimes con el alma en un hilo.

Anunciaron primero que con motivo de las elecciones íbamos á andar por esas calles de Dios y la villa á trabucos ó poco menos.

Llegó el día prefijado.

Las mesas se constituyeron con el mayor orden.

Cada cual votó por quien le dió la gana.

Los candidatos se gastaron muy buenos cuartos en imprimir candidaturas.

Los partidos tapizaron las esquinas con enormes cartelones prometiendo hacer la felicidad de la patria.

Los curiosos y las personas de buen humor, tuvieron en qué entretenerse con los diversos medios de propaganda, á que apelaron las fracciones que se disputaban el triunfo de sus ideas.

Y aquí paz y despues gloria.

Díjose luego que el día de la apertura de las Cortes iba á ser ella.

Se abrieron las Cortes, y salvo aquella carrera que ha llegado á hacerse célebre, y creemos que pasará á la historia, no ocurrió nada que digno de contar sea.

Los diputados que tenían frac se lo pusieron, se presentaron muy majos en el Congreso, los que no lo tenían vaciaron el fondo del baul, y se pusieron los trapitos de cristianar.

Los milicianos uniformados lucieron sus uniformes, y los milicianos sin uniformar enseñaron los codos, con pretesto de que sus chaquetas llevaban ya mucho tiempo de servicio.

Pero ni se voló el palacio de las Cortes como algunos anunciaban, ni los reaccionarios se echaron á la calle, ni los republicanos hicieron pisto del Gobierno provisional, ni hubo nada más que muchas muchachas guapas por las calles, no pocos vivas dentro del salon de sesiones, gran cantidad de pisotones y codazos por todas partes, alguno que otro reló y mas de un pañuelo, que se encontró un prógimo, antes de que su dueño los perdiera, y el susto consiguiente en el momento de la carrera consabida.

Pues señor pasó aquello, se presentó el proyecto de Constitucion, y entonces sí que los alarmistas se despacharon á su gusto.

Don Carlos de Borbon y de Este y de Aquel y del Otro y del de Mas allá se pondria al frente de un ejército de ciento ó doscientos mil hombres que iban á salir de las entrañas de la tierra, con unas boinas, que no habian podido cojer los gobernadores de las provincias á pesar de que todos han andado bien listos en eso de cojer boinas, lo cual nada tiene de extraño si se atiende á que son muchos los españoles que la usan, sin tener nada de carlistas.

Por otra parte los republicanos, enemigos irreconciliables de la monarquía iban á armar la gorda, el día que se votara la forma de gobierno.

Para que nadie lo pusiera en duda, los alarmistas, comentaban el artículo de tal ó cual periódico, mencionaban los acuerdos de los comités, se hacian eco de las discusiones de los clubs, hablaban de la actitud de este batallon de voluntarios, de aquel jefe del ejército, de tal capital de provincia, y todos los días nos hacian esperar la noticia de que se habia pronunciado Getafe, ó de que la federal se habia proclamado en Pinto.

Y á pesar de que se han hecho bastantes tonterías, á pesar de que la cuestion religiosa se ha tratado de una manera inconveniente, despues de provocarse con inoportunidad, se votó la libertad de cultos y se votó la monarquía, sin que carlistas ni republicanos hicieran mas que sentir el natural disgusto; cosa que nadie puede prohibirles, y acatar luego el fallo de la soberanía nacional, por lo cual no podemos menos de felicitarles.

Pasó aquello y con motivo de la festividad de Semana Santa, volvieron á anunciarse trastornos que afortunadamente no se verificaron, pues no puede calificarse de tal, el hecho de que un burro emprendiera entrar en la iglesia de San Luis, montado en un pariente suyo.

Pero para el Dos de mayo, la cosa era segura. Los isabelinos tenían minado el ejército, y en medio de la fiesta cívica, no sabemos cuantos batallones iban á empezar á tiros con todo bicho viviente, para que sin dejar de ser bicho, acabara de ser viviente.

Pues ni por esas.

El día del Corpus, dijeron entonces los alarmistas, no cansados aun de que los hechos desmientan sus palabras.

Y el día del Corpus hubo lo que todos los años, con mas un chaparron magnífico que estropeó los trajes de algunas madrileñas, pero que hizo un gran bien á los campos, y váyase lo uno por lo otro.

Cualquiera creerá que esta nueva decepcion desanimó á los propagadores de esa clase de noticias.

Ese cualquiera no los conoce.

La promulgacion de la Constitucion ofrecia una ocasion, que ni pintada, y hubieran hecho mal en desperdiciarla.

No la desperdiciaron.

Quién decia que habia tramado un gran complot, para asesinar á todo el Poder ejecutivo, y daba de todo tales pelos y señales, que no parecia sino que á él le habian encargado el papel de cachetero.

No faltaba quien asegurara que aprovechando la aglomeracion de fuerzas, el gobierno iba á dar un golpe de Estado, con acompañamiento de porrazos en las espaldas de los pacíficos madrileños.

Otros atribuian á los republicanos proyectos á cual mas espantosos.

Y como es natural, la reaccion isabelina y carlista, preparaba, al decir de algunos, una San Bartelemy.

Pero se promulgó la Constitucion, las gentes pasearon por todo Madrid viendo de día las colgaduras y de noche las iluminaciones; las muchachas coquetearon de lo lindo, y nadie pensó en jarana, ó si lo pensó alguno, tuvo que contentarse con pensarlo.

No desmayarán por eso los alarmistas; en cuanto puedan volverán á anunciar nuevos trastornos, pero como el público ya les conoce, no les hará caso, y hará lo que debe.

La política de los alarmistas, como la políquilla toda, no encuentra ya mas que la indiferencia de las personas sensatas.

## LAS OBRAS DE MISERICORDIA.

### Dar de beber al sediento.

En la márgen izquierda del Elster-Blanco, rio que fertiliza el pintoresco suelo de Sajonia, en la falda de una elevadísima montaña, en cuya cima descuella el palacio real de Nastchaner, y en medio de un vallecito circuido de espesos bosques, existia aun hace muy poco tiempo una modesta aldea, llamada Weiser, que además de sus abundantes pastos, de sus cereales y de los sabrosos frutos de sus huertos, debia su prosperidad á una fuente de agua tan fresca y cristalina, y en sentir de muchos tan saludable, que sus vecinos se enriquecian solo con llevarla en grandes vasijas á Planen, ciudad populosa que se halla á muy poca distancia de aquel sitio.

El manantial nace en una profundísima cueva, que está á la mitad de la subida del monte, y se desliza entre ásperos peñascales; pero como si en efecto sus aguas fuesen milagrosas, brotan ramilletes de flores por donde quiera que pasan.

Así, mucho antes que la luz del alba descendiese de los montes, ya estaban adunados en derredor de la fuente casi todos los jóvenes de la aldea con sus vasijas, que se llenaban por riguroso turno, y las caballerías dispuestas para trasportarlas á la ciudad.

Un día... Era un caluroso día del mes de agosto, y el sol hacia ya tiempo que abrasaba con sus rayes de fuego la campiña, sin que los aldeanos hubiesen podido todavía llenar sus vasijas, pues el cáuce de la fuente estaba seco, y las aguas solo se filtraban gota á gota por entre las hendiduras de las rocas.

El calor era sofocante. No se oia ni el canto de un pájaro, ni el aletear de un insecto. Las flores inclinaban sus hojas lácias y cubiertas de polvo, y hasta la brisa parecia dormitar entre las ramas de los arboles.

Los aldeanos iban y venian, dejando escapar un murmullo de impaciencia; y tal cual reyerta, patentizaba de vez en cuando la sorda cólera que perturbaba sus almas.

De repente vieron descender por los ásperos peñascales una mujer que llevaba un niño de dos ó tres años en los brazos. Parecia abrumada de fatiga: su rostro estaba inundado de sudor, su paso era tardo y vacilante, y de vez en cuando fijaba sus ojos llenos de lágrimas en el cielo para buscar al través de las nubes socorros y esperanzas, mientras procuraba acallar con besos y caricias los lloros del niño, que forcejeaba entre sus brazos, balbuceando con la tenacidad de la infancia:

—¡Agua! ¡quiero agua!

Mucho tiempo tardó en llegar al grupo de aldeanos; pero cuando pudo verificarlo, la ocasion no era propicia, pues éstos se hallaban disputando entre sí, sobre á cual le tocaria llenar primero.

—¡Por Dios, dadme un poco de agua! ¡Por Dios, dadme un poquito de agua para mi hijo, que está abrumado de sed! exclamó la infeliz juntando las manos sobre el pecho en ademan suplicante.

—¡Agua! ¡quiero agua! repitió el niño con voz ronca.

Nadie les contestó.

—¡Por Dios, repuso la mujer, mi hijo tiene calentura!... ¡Tal vez cuando llegue á Planen, solo estrecharé ya un cadáver en mis brazos! ¡Un poquito de agua, por amor de Dios!

Una jovencilla, mas compasiva que los demás, se apiadó de sus ruegos, y tomó su vasija para darles de beber; pero apenas se acercó al niño, retrocedió horrorizada. El pobrecillo tenia todo el rostro cubierto de llagas inmundas y asquerosas.

—¡Por qué engañais á la gente honrada? exclamó enfurecida. ¡Loca seria yo si le diese de beber!... ¡Quién beberia luego en mi vasija?

—¡Fuera la bruja, fuera, fuera! gritaron todos en coro.

Y mientras la madre y el hijo prurumpian en sollozos, los aldeanos repitieron con creciente enojo:

—¡Fuera la bruja, fuera!

En aquel instante apareció sobre las rocas una graciosa amazona, y al verla, todos emudecieron, bajaron la cabeza confusos y avergonzados.

La amazona era casi una niña, blanca y rubia, de ojos azules y semblante melancólico y espresivo.

Espoleó su caballo, que fué saltando de risco en risco, y se lanzó en medio del círculo, gritando con tono de dulce reproche:

—¿Qué es esto? ¿por qué haceis llorar á esa mujer? ¿qué tiene ese pobre niño?

—¡Quiere que le demos agua de nuestras vasijas, y está cubierto de llagas! dijo el mas atrevido de los mancebos.

La jóven descendió con rapidez de su caballo, lo ató á un árbol, corrió á la fuente, cogió el agua con su gracioso sombrero de paja, y luego, sentándose sobre una peña, colocó el niño sobre sus rodillas, y le dió de beber con una solicitud llena de benevolencia y ternura.

Y mientras los aldeanos, movidos por aquel noble ejemplo, se apresuraban á presentar sus vasijas á la madre, ésta se postró de rodillas, y extendiendo las manos hácia su bienhechora, exclamó con toda la efusion de la gratitud maternal:

—¡Gracias, Dios os bendiga, gracias, gracias!

—¿Qué tiene este pobre niño? preguntó la jóven acariciándole, á pesar de su hediondez.

—Una horrible enfermedad, respondió la mujer entre sollozos, la misma que ha conducido al sepulcro á su buen padre; éramos pobres, pero ganábamos honradamente nuestro pan, y luego nos queríamos tantol... ¡Dios quiso probarnos! El estubo seis meses en la cama y así que espiró, los acreedores se apoderaron de cuanto poseíamos! ¡Lo vendieron todo, cuando su cadáver aun estaba en la casa, y aun estaba allí caliente, cuando nos echaron de ella! Tengo un hermano en Planen... Voy á Planen en busca de un asilo... Pero venimos de tan lejos y hace tanto calor, que sin esas gotas de agua, mi hijo hubiera muerto en el camino!...

—Franz, dijo la jóven dirigiéndose á uno de los criados, que habian venido en pos de ella, pon á esa mujer y á su hijo en la grupa de tu brioso caballo, y llévalos á Planen, á casa de su pariente... Avisarás tambien á Schonbrun, y dile que la cura de este infeliz corre por mi cuenta. Y tú, añadió dirigiéndose al niño, toma esto para que juegues, y cuando seas grande, procura ser útil á tu madre y á tu patria.

Diciendo así, puso en sus manecitas un puñado de tablers.

Luego, como si nada hubiese hecho, saltó con la ligereza de una gacela sobre su caballo, y desapareció por entre el espeso ramaje del bosque, en medio de las bendiciones de la pobre madre, y los murmullos de admiracion de los aldeanos, conmovidos hasta el extremo de derramar lágrimas.

La que habia ejecutado con tan noble sencillez esta cristiana accion, se llamaba María Carolina, y era la mas pequeña de las hijas del Elector de Sajonia, Augusto I, la cual habia venido á restablecerse de una penosa enfermedad en el real palacio de Ratschaner, y aquel niño que debió la vida y la salud, tal vez al agua milagrosa, tal vez á los cuidados del médico Schonbrun, se llamaba Botcher, nombre célebre y bendecido en Alemania, pues Botcher fué quien á fines del siglo XVII, robando el secreto de la fabricacion de la porcelana á la China y al Japon, inventó la famosa porcelana de Sajonia, que tantas riquezas y prosperidad reportó á su patria!

ANGELA GRASSI.

## CASCABELES.

Ya será cosa de ir pensando en nombrar senadores, puesto que la Constitucion dice que ha de haber Senado.

Los progresistas de esta hecha van á ser todo lo que hay que ser.

La arenga que el domingo dirigió el señor Comandante general de las fuerzas populares á estas, para ser tan larga es bastante mala.

¿Y por qué no se dirigió otra al ejército, al que tanto debe la revolucion?

No es que á mí me haga falta arenga ninguna en mi calidad de neutral, pero ¡hombre! bueno es quedar bien con todo el mundo.

Las clases pasivas de Palacio celebraron la Constitucion comiéndose los codos de hambre.

Al ver los miles de miles de farolitos que brillaban en las plazas, brillaban en los ojos de las pobres viejas, de los ancianos impedidos, lágrimas de angustia; no podrían creer esos infelices que al grito de *Abajo los Borbones*, habian de ir ellos mas abajo que los Borbones, sin ser tales Borbones.

¿Qué profunda amargura sentirá el director del Patrimonio cuando á principios del mes cobre sus cuatro mil y pico de reales, y se acuerde de las clases pasivas del Patrimonio que dirige!

¡Estoy deseando que venga un rey, solo por ver si cuida de los pocos pensionistas que se hayan salvado!

Pues señor, la promulgación de la Constitución no ha producido entusiasmo ninguno. Gente curiosa ha ido á ver la percalina y los farolitos, y las muchachas se han paseado al son de la música, donde la había; oyendo los requiebros de los transeuntes, las que no llevaban su novio al lado para hablar del porvenir, y acordándose de la Constitución como de mi abuela.

Y era natural que no hubiese entusiasmo por la Constitución. Es la sexta que se hace en medio siglo. Todavía podemos ver algunas si Dios nos dá salud.

El famoso señor Suñer confiesa que ha recibido muchas cartas de señoras, condenando sus ideas y sus palabras. Y el hombre terne que terne. No es envidiable por cierto la reputación que ha adquirido el señor Suñer por su ateísmo. Ya le abrirá Dios los ojos.

Desde el año 1832 hasta el presente ha habido sesenta y un ministros de la Gobernación en propiedad y veinte interinos. ¡Digo! ¡qué de intrigas! ¡qué de marañas! ¡qué de abusos! ¡qué de atrocidades!

Dicen algunos periodicos que parte del público que asistía á la fiesta del domingo, aplaudía cuando no se victoreaba por las fuerzas que desfilaban, á la recién nacida Constitución. Vds. deducirán lo que esos aplausos significaban.

La estatua de Mendizabal es una obra de arte de mucho mérito. Ahí está, en la plaza del Progreso, para ejemplo de ministros de Hacienda. ¿Dónde podremos la de Figuerola?

Parece que no han venido mas que la mitad de los restos de don Juan de Lanuza. Desventaja de ser hombre célebre. Se espone uno á que dentro de años, ó siglos, le repartan por esos mundos de Dios.

Se advirtió el sábado que á Lanuza se le hicieron muchos honores y fino recibimiento, y al Gran Capitan, que llegó an-

tes á la estación, apenas hubo quien le dijera:—Buenos días tenga V.

Esta es una delicada manera de no herir la susceptibilidad de algun otro Gran Capitan.

Serrano será regente un día de estos. Y vamos tirando otros cuantos meses, al cabo de los cuales, se puede elegir regente á Prim, y con este sistema, en tres ó cuatro años podian ser regentes todos los diputados.

En una carta que escribe á los redactores de *La Fé católica*, vuelve á decir el famoso señor Suñer, que tiene declarada guerra á muerte á Dios.

¡Y se quedará tan satisfecho despues de escribir semejante tontería!

Afortunadamente, Dios le perdonará.

En un suelto escrito en tonto, que nos dedicó el domingo *La Legitimidad*, parece como que quiere hacer creer que EL CASCABEL, es republicano.

Nadie se lo ha conocido hasta ahora, mas que el periódico absolutista.

Lo cierto es que estamos tan lejos de los republicanos como de los absolutistas.

*La Iberia* echó la casa por la ventana el domingo, y salió con las letras del título doradas.

El que tiene lo gasta. Este festejo no estaba en el programa.

Se ha dicho estos días que acaso continuaria el Sr. Figuerola en el ministerio, despues de reformado este.

Sí, ¿eh? Pues bastante hemos hablado. Entonces, ya sabemos lo que nos espera.

Iremos escogiendo esquina donde poder ponernos á pedir. Si nos descuidamos, no quedará una esquina libre.

El artículo del *Congreso de los muertos* irá otro día. Tenemos que hacer en él ciertas variaciones sobre motivos nacionales.

El ministro de Fomento dijo el otro día que al Panteon nacional no vendrán otros muertos que aquellos á quienes se lo permitan los pueblos donde yacen, ó sus familias.

Eso ya es otra cosa. Celebramos que se haya pensado así, en vista de la alarma de los pueblos que no quieren desprenderse de los restos de sus gloriosos muertos.

CHARADITA.

La primera en una carta es lo primero que ves, y la tercia lo primero en la misma lo has de ver; es nombre de un gran poeta segunda y tercera, y sé que si quieres verla, puedes en entrando en un cuartel: y es grito que por las calles has de oír alguna vez; el todo es un caballero que á Prim no le puede ver ni á la que fué nuestra reina y que apurado se vé, porque si quiere no puede, y quiere poder poder.

OBRAS

D. C. FRONTAURA.

Se venden en la Administración de EL CASCABEL, Hileras 4.— En Barcelona en la librería de D. Eudaldo Puig, Plaza Nueva, número 5, y en las demás capitales, en los establecimientos de los corresponsales de esta empresa. En las estaciones de los caminos de hierro se hallan tambien ejemplares.

Á OCHO REALES.

Caricaturas y retratos. . . . . 1 tomo.  
Galería de matrimonios. . . . . 1 idem.  
Cosas de Madrid. . . . . 1 idem.  
Viaje cómico á la Exposición de París (con láminas) segunda edicion. . . . . 1 idem.

Á CUATRO REALES.

*El caballo blanco*, estudio de costumbres teatrales: . . 1 tomo.  
Romances populares. . . . . 1 Id.  
Historias tristes. . . . . 1 Id.

EN PRENSA.

Las tiendas.

Esta obra se regalará á los que se suscriban á EL CASCABEL por un año.

MADRID: 1869.—Imp. de D. Carlos Frontaura,

A CARGO DE DIEGO VALERO,

Calle de las Hileras, núm. 4.

—De lo que menos se acordará él será de ese juramento sin valor alguno.

—¡Dios mio! ¿es verdad lo que está diciendote esta desgraciada?

—Señora.

—Repítelo otra vez, dime que ese juramento no tiene valor alguno.

—¡Es claro!

—¡Si es para volverme loca!... ¿Tú lo crees así? ¿y piensas que mi hijo, mi noble honrado hijo cree lo mismo que tú?... ¿Crees tú que mi hijo no tiene corazón; crees que es un miserable?...

—Señora, no hablemos de eso...

—Pero, ¿qué espíritu malo se ha apoderado de ti?... ¿No, me amas ya? ¿no amas á mi hijo?...

—Sí, pero no como V. quiere.

—¡Ah! no eran vanos mis temores. ¡Pobre hijo mio!

—Usted toma las cosas con demasiado calor, verá V. cómo él no se acuerda ya de esa miseria.

—Calla, ingrata, calla, y si eres capaz de un perjurio, no hagas á mi hijo el agravio de suponerle capaz de eso... No pudo él aprender de su padre ni de su madre esa infamia.

—Señora, basta ya.

—Sí, basta ya, Dios quiere salvar á mi hijo, pero preveo que tú has destruido su porvenir y el mio, preveo que vamos á ser muy desgraciados por tu culpa.

—No hay motivo, yo estoy muy agradecida

á V. y á su esposo, que en paz descanse, y á Luis tambien; sin ustedes, ¿qué hubiera sido de mí?... pero, ¿qué mas quieren ustedes?....

—Que no seas ingrata, queno causes la muerte de mi hijo y la desesperacion de la que ha sido tu madre. ¡Oh! maldita la hora en que mi debilidad te permitió penetrar en este gran mundo de la vanidad, de la soberbia y la locura!... En ese gran mundo, en esa sociedad descreída y superficial y leana de vicios te han emponzoñado el corazón.

—¡Qué exageraciones!

—¡Adios! no te quiero estorbar mas... La muerte llevo en el corazón, al ver tu ingratitude. Dios todo poderoso permita que mi hijo, que mi noble y honrado hijo reciba este golpe con la indiferencia que tú has recibido la noticia de su llegada... ¡Ah! ¡ingrata, ingrata!..

Mucho te he amado, no te hubiera amado mas si fueses mi propia hija, si fueses sangre de mi sangre y vida de mi vida, pero si mi hijo no puede resistir este golpe que alevoza le preparas, si se vuelve loco, si se muere, mi eterna maldición caerá sobráti.

Y transida de dolor, vertiendo amargo llanto, sintiendo oprimido el corazón por la mas profunda pena, salió de aquella casa la desventurada madre.

Si no hubiera sido cristiana, si no hubiera tenido fé en Dios, hubiese maldecido acaso la hora infausta en que recogió de la helada losa de la calle á la niña abandonada.

Curioso estaba el ex-ministro por saber el secreto de la enfermera hechicera y zalamera, y lo que pensó de aquel secreto no favorecia muy mucho á la individuoa.

El viejo verdugo estaba acostumbrado á juzgar muy mal á todas las mujeres, y al ver una mujer joven llorando y oírle hablar al propio tiempo de un secreto terrible, el hombre no creia que las mujeres pudiesen tener otros secretos que de amor, y se figuraba por lo tanto que la que le habia cautivado habria tenido algunas relaciones graves, y que este era el motivo de aquel llanto.

Y habia tal perversion de sentimientos en el fondo del corazón de aquel hombre, que despues de persuadirse de que habia acertado el secreto de aquella mujer, se dijo filosóficamente:

—Poor fuera que lo ocultase.—Tenga usted confianza en mí, la dijo, y hágame V. depositario de su secreto, que soy caballero y sé guardarlos.

—¡Oh! lo creo, contestó entre gimiendo y llorando la del secreto, pero no puedo exponerme á que V. me desprecie.

—No lo tema V. por grave que sea el secreto; soy hombre de mundo, conozco el corazón humano, y soy demasiado despreocupado para no ser muy indulgente con las flaquezas y debilidades del prójimo.

—¡Oh! yo no necesito indulgencia de nadie, señor conde.

—¡Ah! perdone V., como V. no me ha dicho su secreto, y las mujeres suelen no tener otros secretos que los de amor...

—Amor debe haber efectivamente en mi secreto.

—El amor tiene siempre la culpa de todo.

—Pero yo soy inocente.

—En cuestion de amores, yo declaro siempre inocentes á las mujeres y atribuyo todas las culpas á los hombres.

—Usted me ofende, señor conde. Es mal hecho; siquiera por gratitud debia V. respetar mi dolor.

—Seamos francos, hija mia, V. ha amado ya antes de ahora.. Ese no es ningun crimen. Las mujeres especialmente han nacido para eso.

—No he amado nunca.

—Entonces, ha sido V. victima de algun seductor, de algun atrevido...

—¡Señor conde!.. No es ese mi secreto.

—Entonces, no puedo adivinar.

—Yo quisiera hacer á V. partícipe de ese secreto... nadie lo sabe, nadie... pero, ¿cómo se lo digo á un hombre que me ofrece su nombre?..

—Por eso mismo, ¿con quién ha de tener usted mas franqueza?..

—Es verdad.

Y despues de una pausa en la que la astuta cazadora del viejo estuvo, sin duda, hilvanando las mentiras que le iba á encajar, hablóle de esta manera:

—No sé quienes fueron mis padres: este es mi secreto.

—¡Ah! exclamó el ex-ministro, y se inmutó.

—Vea V. si es grande mi infortunio.

—¡Oh! ¡sí! dijo el convalciente, grandemente preocupado.

—Mis padres tuvieron sin duda razones poderosas para huir mi presencia. Acaso me abandonaron con la buena intención de recogerme luego y darme su nombre, y elevarme á su rango.

—¿Eran personas de la buena sociedad?...

—Todo me hace creer que eran distinguidísimas personas. Me confiaron, no ellos mismos, sino otra persona á quien yo no he podido interrogar, á la pobre y buena mujer que ha pasado por mi madre, y segun he podido entender razones, de la mas alta importancia impidieron mi reconocimiento y legitimación.

Y si no tuviera esos indicios, lo mismo creeria que no es sangre vulgar la que corre por mis venas, todo me afirma en esta opinion: siempre, desde mis primeros años he tenido yo instintos de grandeza, siempre me ha seducido la idea de hallarme en medio de la buena sociedad para estar mas cerca de mis padres, porque estoy segura de que en ella alguna vez he de respirar el mismo aire que mis padres, he de pasar á su lado, he de hablar con ellos acaso, he de reconocerlos, en fin. ¿Cuántas veces he soñado que los hallaba y los reconocia, y me colmaban de cari-

**CURACION DE LAS CALENTURAS INTERMITENTES POR MEDIO DEL JARABE DE EUCALIPTO, (Eucalyptus globulus.) PREPARADO POR EL DOCTOR SIMON.**

Desde Julio del año pasado en que dimos á luz el prospecto relativo á las propiedades medicinales de las hojas del Eucalipto, y en particular del Jarabe que con ellas confeccionamos, hanse obtenido con este último un sin fin de curaciones de calenturas periódicas, de las cuales, una gran parte habian resistido á los antitípicos mas poderosos. La acción curativa, pues, de este medicamento, puede desde ahora considerarse como la mas poderosa, teniendo sobre la quinina ademas de dicha ventaja la de que no produce irritaciones en el tubo intestinal, ni los trastornos que á ellas son consiguientes, y que sus dosis pueden propinarse en cualquier período de la acesion.

El Elixir de Eucalipto, de un gusto agradable, se usa generalmente como preservativo de las calenturas, en aquellas comarcas ó sitios, donde suele desarrollarse esta enfermedad; y tanto el como el Jarabe se venden con la instrucción correspondiente al precio de 12 rs. frasco en el laboratorio del autor, calle del Caballero de Gracia, núm. 3, Madrid, donde podrán dirigirse sus pedidos al por mayor los demas señores Farmacéuticos.

**INTERESANTE.**

Acabamos de recibir del ilustrado Médico, el Sr. Diaz Palacios, la siguiente carta que nos apresuramos á comunicar á nuestros lectores.

Montes de Toledo 24 de Mayo 1869.

Sr. D. José Simon.

Muy Sr. mio y distinguido amigo: He retardado escribir á V. hasta hoy á fin de poderle dar noticias de los ensayos que estoy haciendo con el jarabe de Eucalipto en esta comarca, en donde las intermitentes son endémicas y siempre de suma gravedad, efecto sin duda de la continua emanacion de los miasmas que desprenden estos grandes pantanos, por las sustancias orgánicas que contienen en descomposicion.

Gran número de hechos pudiera citar en que se comprueba de un modo terminante que el Eucalipto, y en particular el jarabe cuyas botellas V. me ha proporcionado tan generosamente, es un anti-típico seguro y eficaz, así como de fácil administracion y agradable á los enfermos, cuya sola cualidad le haria muy superior á la quinina, ya que sus propiedades febrífugas le colocan en primera escala. No registro un solo caso en que su acción haya faltado, y en cambio puedo presentar curaciones dignas de mencionarse; si bien solo voy á molestarle con la sucinta historia de dos de las mas notables.

**PRIMER CASO.**

Gaspar Perez, portugués, de oficio albañil, casado, de 34 años de edad, temperamento linfático, constitucion mediana efecto del abuso del plan antifebril empleado en él, en los tres años que con ligeros interrucciones ha padecido intermitentes de todas formas y tipos. Se presentó en esta posision á mediados de Marzo en el siguiente estado. Color pálido, amarillento, con chapetas en las mejillas, gran aumento de volumen en el vientre, efecto del gran infarto del hígado y del bazo, edema en las estremidades inferiores, inapetencia, sed, diarrea colicuada, gran cansancio. El pulso acelerado y poco perceptible constituyendo un estado febril con recargos diarios vespertinos. En este estado de gravedad en que no podia aventurarse un pronóstico seguro, empezó á tomar el jarabe de Eucalipto, y solo un frasco ha bastado para su completa curacion, con cediendo esta con una fuerte erupcion formicosa y que tendré presente en lo sucesivo para los casos que tenga ocasion de tratar. Este enfermo ha estado trabajando desde primeros de Abril al 20 de Mayo en esta finca, espuesto á todas las vicisitudes atmosféricas, sin que haya vuelto á resentirse su salud en lo mas mínimo.

**SEGUNDO CASO.**

Angel Pantin Bouza, Guardia civil de este puesto. Padecía intermitentes hacia dos años habian desaparecido por intervalos con el uso de la quinina, que le administraron en el hospi-

tal militar de Ciudad-Real, para presentarse de nuevo en esta primavera. Su estado era muy parecido al del sujeto de la anterior observacion, si bien los infartos viscerales eran tan considerables que no podia abrocharse la levita uniforme de su instituto. Tomó dos frascos del jarabe de Eucalipto y se puso en buen estado, habiendo disminuido considerablemente los infartos y desaparecido la fiebre; pero efecto de una gran lluvia que le cogió yendo de servicio, y sin nada con que guarecerse, volvió á presentarse la fiebre con aumento considerable de los infartos viscerales. En este estado volvió á usar el Eucalipto tomando cuatro frascos del jarabe sin interrupcion, encontrándose completamente curado á su marcha de este puesto y sin ningun achaque que le molestase.

He creido conveniente poner en conocimiento de V. estos hechos, á fin de que perseverare en la elaboracion de ese precioso medicamento, llamado á prestar grandes servicios en las enfermedades palúdicas, y lo dé á conocer por los medios que le sugiera su deseo de ser útil á la humanidad.

Con este motivo tiene el honor de repetirse suyo afectísimo seguro servidor y amigo Q. S. M. B

Licenciado, José María Diaz Palacios.

**SOCIEDAD GENERAL DE TRASPORTES MARITÍMOS POR VAPOR SERVICIO MENSUAL.**

Línea de Marsella á Gibraltar, San Vicente Pernambuco Rio Janeiro, Montevideo y Buenos-Aires.

Saldrá de Gibraltar el 18 de Junio, el vapor **BORGOÑA.**

Admite pasajeros de 1.ª, 2.ª y 3.ª clase, y mercancías. Pasaje de 3.ª clase de Gibraltar á Montevideo y Buenos-Aires, 1,248 rs. Acúdase en Alicante y Cádiz á los señores A. Lopez y Compañía, y á sus corresponsales. En Madrid, Julian Moreno, Alcalá, 28.

**EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867 LICOR DE BREA CONCENTRADO**

**LIQUEUR DE GOUDRON CONCENTRÉ GUYOT**

Medalla de Plata 1860

Farmacéutico

Único medicamento adoptado por los médicos de los hospitales de Paris, para la mejor preparacion del Agua de Brea. Puede hacer uso mismo instantáneamente y con poco gasto el Agua de Brea. (Dos cucharadas grandes de este licor para un litro de agua, ó una cucharada de café para un vaso.)

Tos, catarrros, coqueluche, enfermedades de la vejiga, afecciones de la piel, etc.

Precio en España del frasco para preparar doce litros de Agua de Brea, 12 rs. DEPOSITO GENERAL EN PARIS, RUE DES FRANCS-BOURGEOIS, 17 (an Marais).

Véndese en Madrid, en las farmacias de los SS. Don José Simon, Borrell hermanos, Escobar, Moreno Miquel y Sanchez, Ocaña. — En provincias en las principales farmacias.

**INJECTION BROU**

Curativa inábil, higiénica y preservativa de las gonorreas y demas enfermedades sífilíticas en general para ambos sexos. Es la única que cura radicalmente sin necesidad de otros medicamentos. Precio 5 francos en casa del inventor, Boulevard Magenta, 112, y en el depósito general para España, farmacia del Doctor Simon, calle del Caballero de Gracia, 3, y en las principales del universo. Exíjase al opusculo.

Oporto, Londres, París, Burdeos, 1868, 1862, 1867, 1869.

**PASTILLAS DE DETHAN**

contra los MALES DE GARGANTA y inflamaciones de la Boca.

Recomendadas por las eminencias medicas de Europa, para combatir los padecimientos de la garganta, las anginas, el garrotillo, el escorbuto, las ulceraciones y las inflamaciones de la boca. Purifican el mal aliento, destruyen la irritacion causada por el tabaco, y curan los efectos perniciosos que acarrea el mercurio en la dentadura. Son utilísimas á los Predicadores, Oradores, Profesores, Cantantes, etc., porque suavizan la voz y impiden la fatiga de la garganta.

DEPOSITOS: En Paris, Dethan, farm. Faub.-Saint-Denis, 90. — En Madrid, J. Simon, caballero de Gracia, 3; Borrell hermanos, Puerta del sol; Sanchez Ocaña, Moreno Miquel, farmacéutico; las Perfumarias: C. Gonzalez, Alcalá, 34, y Carrera de S. Geronimo, 21; P. de Frera, Carmen, 1.

**FAMOSO ACEITE DEL DR. BRIL.**

El famoso aceite del Dr. Brill, para la calvicie que tanta aceptación está mereciendo del público, se espnde á razon de 3, 8 y 24 rs. frasco, en la conocida Drogueria Universal Central, Fuencarral, 11, único punto de depósito.

**JARABE DEPURATIVO de cortezas de naranjas amargas con yoduro de potasio, DE J. P. LAROEZ, FARMACÉUTICO EN PARÍS.**

El Yoduro de potasio es un verdadero alterante, un depurativo de grande eficacia; asociado al jarabe de cortezas de naranjas amargas es bien recibido por todos los estómagos, sea cual fuere la constitucion del enfermo sin perturbar ninguna de las funciones. Su composicion siempre igual permite á los médicos fijar la dosis según los diversos temperamentos en las afecciones escrofulosas, tuberculosas, cancerosas, y en las secudarias y terciarias, aun reumáticas, para las cuales es el mas seguro específico. — Fábrica y punto de expedicion maison J. P. Laroz, rue des Lions-Saint-Paul, 2, Paris.

Depósito general para España, farmacia del Doctor Simon, calle del Caballero de Gracia, 3, Madrid.

Depósitos: Madrid, Borrell hermanos; Sarzedra; Moreno Miquel. — Barcelona, Ramon Guyas, calle de Llauder, 4; Borrell hermanos Gomez y Fortuny. — Alicante, Hernandez; Cádiz, Tacónnet. — Valencia, Miguel Domingo y Roncal, y en casa de los principales farmacéuticos.

cias y me llamaban su hija y siempre el sueño me los ha presentado en elegantes salones, en régios palacios... ¡Oh! V. no puede figurarse hasta qué extremo llega mi loca fantasia en ese punto!

El conde escuchaba preocupado.

—¿Nada me dice V.?... ¿Qué indica ese silencio?...

—Recordaba una historia parecida.

—¿Sí?...

—Un amigo, un íntimo amigo, el único amigo que tengo, tuvo tambien una hija...

—¿Cómo?... ¿Quién era?...

—Tranquílcese V., no es V. esa hija.

—¿Me dice V. ahora que ya sabe mi secreto lo mismo que antes?...

—Sí, lo mismo; ahora con mas gusto daré á V. mi nombre.

Y la jóven, arrodillándose delante del ex-ministro, le cogió las manos y se las besó, ocasionándole una sensacion tal, tan grande estremecimiento, que hubo necesidad de meter en la cama al enfermo. Si en mejor estado de salud no podia resistir aquella emocion, ¿cómo habia de sufrirlas, convaleciente de una enfermedad que le puso en inminente peligro de muerte?...

El enfermo se amodorró pronto.

Su prometida esposa se sentó junto á la cabeceira, espionando sus movimientos, poniéndole, de vez en cuando, la mano en la frente, y cuidando, en fin, de que no se la desgraciara aquella famosísima conquista.

Y al mismo tiempo pensaba:

—¡Oh! ¡ya es mio!... no me he atrevido á decirle toda la verdad, no le he dicho que fui arrojada á la calle sin indicio alguno por donde se pudiera presumir la condicion social de mis padres; no le he dicho que lo mismo puedo ser hija de un noble señor que de un miserable mendigo, lo mismo de una reina que de una infame meretriz... ¡Esta, esta es la horrible verdad!... Ya es mio, ya brillaré sobre todas las que mas brillan en el gran mundo, ya no tendré que bajar la vista avergonzada delante de nadie...

Un criado de la casa levantó discretamente una punta de la portiere de la alcoba del enfermo, y dijo respetuosamente:

—Señorita.

—¿Qué?...

—Una señora desea hablar á V.

—¿Quién?... Ahora no puedo ir.

—Dice que ha de verla precisamente.

—Pero, ¿quién es?...

—Su madre de V....

—¿Cómo?... ¡Mi madre!... ¿Quién le ha dicho á V. eso?...

—Señorita, ¿cuántas veces he visto á usted juntas!...

—Basta. Quede V. aquí por sí S. E. despierta y pide algo, y en este caso llámeme usted.

—Así lo haré, señorita. Yo tambien sé cuidar á un enfermo.

—No deje V. de avisarme.

Y salió á la sala donde le esperaba, ya lo habia adivinado el lector, su madre, la que le habia servido de madre, la que tantas veces, con tanto amor y abnegacion le habia dado el dulce nombre de hija, y á la que ella casi habia abandonado desde que conoció el gran mundo, y sobre todo desde que la mala fe de un caballero de industria redujo casi á la miseria á la pobre anciana.

—¡Hija mia! exclamó la noble mujer, queriendo abrazar á la ingrata.

—Mas bajo, señora, interrumpió la hija desconocida, rechazando ó poco menos el abrazo de la anciana, que, al verla habia olvidado los agravios recibidos de la ingrata.

—No, no vengo á reconvenirle.

—¿Y por qué me habia V. de reconvenir?...

—Por... por nada, tienes razon, hija mia, ¿qué quieres? á los viejos nos halaga mucho que nos quieran, somos un poco egoistas, dijo la anciana con inefable acento de ternura.

—Ya sabe V., ya le avisé que estoy aquí cumpliendo un deber.

—Sí, hija mia, ya lo sé, ya sé que estás cuidando á un poderoso señor que cayó enfermo en un baile en esta casa, y te aplaudo por tu caridad, pero tenia tantos deseos de verte...

—¿Y por eso solo ha venido V.?

—No, por eso solo no, por mi hubiera teniendo paciencia... pero tengo que darte una buena noticia.

—¿A mí?... ¿Ha recobrado V. su fortuna? ¡Cuánto me alegro!

—No, hija mia, digo, sí, sí, la he recobrado, todavia no, pero dentro de cuatro dias.

—Mucho lo celebro.

—¿Te alegras?... Y yo que creía...

—¿Qué? ¿No he de alegrarme de que recobre V. lo que tanta falta la hace para vivir, lo que es legitimamente suyo?...

—Si no es eso, hija; eso... ya no cuento con ello... yo no sabia que en el mundo habia malvados capaces de abusar de la confianza de las gentes sencillas, de arruinar á familias honradas... ¡Cómo me da ser! yo perdono al ladrón, que es mas desdichado que yo... Mi fortuna no es esa...

—No entiendo.

—¿No entiendes?... Hija, parece que te han convertido en piedra el corazon... ¿No comprendes que al decir que recobro mi fortuna, mi alegría, mi vida, no aludo á un miserable puñado de monedas, sino á mi hijo, al hijo querido de mi corazon?... Luis vuelve dentro de cuatro dias.

—¡Ah! vuelve...

—Sí, hija mia, mi hijo, tu hermano, tu compañero de la infancia... ¿Enmudeces?... Vuelve hecho un pintor de los mejores, me ha escrito que trae un retrato tuyo, y otro mio, hechos de memoria... Tuyo habrá hecho mas de uno, pero no, no le culpo por eso... A ti te ama de otra manera... En su última carta me decia que tenia seguridad de ganar con su trabajo tres ó cuatro mil duros al año. «Me alegraría de que V. no tuviera ni un cuarto de renta, para tener yo la gloria de pagar á V. todo cuanto ha hecho por mí.» —Mira tú el muy loco, no sabe que ese deseo suyo lo verá realizado en cuanto llegue. Y qué á tiempo viene, hija mia, porque ya estoy pasando grandes apuros. De lo poco que me quedó no queda ya casi nada. Pero, en fin, gracias á Dios no he tenido que pedir nada prestado á nadie. Hubiera tenido un gran sentimiento, teniendo que confesar á mi hijo alguna deuda.

—Bien, pero... murmuró la ingrata, manifestando cierta impaciencia.

—Hija mia, no quiero reconvenirte, pero me duele verte tan indiferente.

—¿Qué quiera V. que le diga? Mucho me alegro de los adelantos de su hijo de V... mucho de que pueda augurar su porvenir y el de V... Es muy bueno, muy buen hijo.

—¿Y nada mas me dices?...

—¿Qué mas?... participo de la alegría de usted.

—Pero, hija, lo dices de una manera que parece que somos tú y nosotros simplemente unos amigos indiferentes.

—Yo no sé exajerar.

—Hija mia, el sentimiento no es una exajeracion. Yo, cuando te he visto, despues de tu ausencia de casa, he sentido un impulso de alegría, de placer... te hubiera dado mil besos... al pensar que voy á ver otra vez á mi hijo, que vuelve á mi lado, siento que se ensancha mi espíritu, que mi corazon late con dulce movimiento, que amo la vida más que nunca... y me extraña que tú...

—Cada cual tiene su naturaleza.

—Tú debias estar tan contenta, más contenta que yo, porque al fin, sin que disminuya el amor que á mi me tiene, á ti te vá á consagrar la mejor parte de su vida, ¡ah!... yo me moriré mas pronto... y todo su cuidado, será entonces para ti, en mi vé la representacion de la familia que se vá, que, cumplida su mision, le deje en el mundo para velar por él y bendecirle desde el cielo, y en ti vé la familia que empieza un porvenir de felicidad, un mundo de encantadoras horas...

—¡Ah! señora, en qué mal momento ha venido V... el enfermo ha tenido hoy un recargo...

—Pero, hija mia ya, no me llamas madre, como antes. Yo no podré dejar de llamarte hija... No te impacientes, voy á dejarte, puesto que, al parecer, te molesto. Volverás á casa pasado mañana, ¿no es verdad?... Luis viene dentro de cuatro dias...

—¡Oh! eso sí que no sé.

—¿Cómo?... ¿Pues no eres su prometida?...

—No le juraste esperar su vuelta para unirse á él para siempre?

—¿Cosas de niños!

—¿Qué dices?